

Ávila García, P. (2006). El valor social y cultural del agua. En Vásquez García, V., Soares Moraes, D., de la Rosa Regalado, A. y Serrano Sánchez, A. (ed.), *Gestión y cultura del agua. Tomo II* (p. 233-248). México: Instituto Mexicano de Tecnología del Agua (IMTA) / Colegio de Postgraduados en Ciencias Agrícolas (COLPOS). ISBN 968-5536-70-8.

EL VALOR SOCIAL Y CULTURAL DEL AGUA

Patricia Ávila García

Resumen

A lo largo de la historia, el agua ha ocupado un papel primordial en el patrón de asentamiento humano y en el desarrollo de la sociedad. El valor sociocultural del agua se expresa a través de las diferentes cosmovisiones, mitos, percepciones y arquetipos que conectan a los seres humanos con un origen sagrado y divino. Para culturas como la mesoamericana, el agua era un regalo de los dioses que había que cuidar y merecer a través de diferentes rituales y prácticas de uso y aprovechamiento que se apoyaban en una relación de respeto e integración con la naturaleza. Aún hoy día, existen regiones indígenas en México, donde la cosmogonía y estrategias socioculturales siguen vigentes; y en las que por siglos han sido capaces de forjar una cultura de uso y manejo sustentable del agua. Históricamente, la coexistencia de diferentes valoraciones del agua ha sido conflictiva (como ocurrió en el caso de la percepción indígena y española del agua), sin embargo, en los años recientes, la valoración sociocultural del agua ha tratado de ser reemplazada e incluso nulificada por una valoración económica, es decir, en la que pierde su sentido integrador y se convierte en una mercancía con un valor y precio en el mercado. Resistencias y disputas por la defensa del agua como un bien común, libre y gratuito, han surgido en diversos espacios urbanos y rurales, tanto en México como en Latinoamérica. De allí que sea básico revalorar el agua —ante las tendencias dominantes de privatización y valoración como bien económico— en sus dimensiones socioculturales, como una forma de garantizar la sustentabilidad en su uso y aprovechamiento y reducir la conflictividad social.



Palabras clave: valor sociocultural del agua, cultura del agua, uso y manejo sustentable del agua.

Introducción

El objetivo de este ensayo es mostrar que el agua es mucho más que un bien de uso o una mercancía, como recientemente se ha tratado de promover por parte de organismos supranacionales y círculos académicos. A lo largo de la historia de la humanidad, el agua ha tenido un significado y valor profundo (mitopoético y sociocultural) que está asociado con la cosmovisión y percepciones sobre el mundo y la naturaleza (León Portilla, 1992; Ilich, 1993). Esto se ha reflejado en las formas culturales de usar y manejar el agua, que están ligadas con una dimensión integradora (matriz agua-suelo-monte) y un reconocimiento social como un bien colectivo o un common (Robert, 2002).

La importancia de reconocer el valor del agua en su sentido más amplio es un factor clave para entender la existencia de culturas del agua, en el pasado y el presente, las cuales se han apoyado en principios de sustentabilidad social y ambiental (Ávila, 1996; Palerm, 1972; Rojas, 1985). Históricamente, el agua ha sido reconocida como un bien común, cuyo acceso no estaba limitado por un precio en el mercado, sino que se apoyaba en regulaciones sociales que garantizaban un acceso colectivo y gratuito; y al no estar separada de su matriz territorial (agua-suelo-bosque) su aprovechamiento se basó en una lógica integradora y un conocimiento profundo de los ciclos de la naturaleza (Espinosa, 1996; Robert, 2002).

En este sentido, disociar e incluso omitir la existencia de las dimensiones socioculturales del agua es una forma de vulnerar las bases en las que se apoya la civilización contemporánea y las regiones donde existe una cultura de uso y manejo sustentable del agua. Además, es una forma de generar conflictos por el agua y violentar mecanismos sociales y formas de gestión que han garantizado un acceso y aprovechamiento colectivo (Ávila, 1996 y 2001).

Las dimensiones socioculturales del agua

El agua en su sentido arquetípico, es decir, como forma que aparece en el inconsciente de un individuo, es herencia de la experiencia de la



humanidad y se actualiza simbólicamente e influye en la vida del sujeto. Tiene su expresión en los sueños, símbolos y sonidos (Bachelard, 1988; Ilich, 1993).

El agua que buscamos es el fluido que empapa los espacios de dentro y fuera de la imaginación. [...] El agua de los sueños tiene dos caras. El diluvio, la sangre, la lluvia, la leche, el semen y el rocío, cada una de las aguas tiene un gemelo idéntico. El agua es profunda y somera, dadora de vida y asesina. Hermanada, el agua surge del caos, y las aguas no pueden ser más que duales (Ilich, 1993:46-47).

En el plano de los sueños, el agua comunica su pureza al tocar o despertar la sustancia de una cosa y limpia al lavar la suciedad de una superficie (Ilich, 1993). Tal pureza tiene una connotación especial de frescura y transparencia que transforma el ser más profundo y se asocia frecuentemente con el renacer. Para algunas culturas, el agua es un medio de purificación de las almas y de los recuerdos de los muertos: "Lo que para el hombre o mujer muertos es ablución, absolución, liberación del gravoso suelo y de la suciedad es, para los vivos, una purificación de un espacio de morada corrompido por la muerte" (Ilich, 1993:51).

En el plano simbólico, el agua es fuente de fecundación de la tierra y del espíritu: el arroyo, el mar, el río, representan el curso de la existencia humana y las fluctuaciones de los deseos y los sentimientos. Por ejemplo, en el budismo, el agua de los ríos es vista como el flujo de la vida, que trasciende al unirse con el océano, que es a su vez visto como el interser o acceso al nirvana (Costin y Beekman, 2002).

En el plano de los sonidos, el agua evoca alegría y tristeza, recuerdos e ilusiones, exaltación y tranquilidad. Refleja, asimismo, los sonidos de la naturaleza. Como señala Bachelard (1988:287):

El agua tiene también voces indirectas. La naturaleza suena con ecos ontológicos. Los seres se responden imitando a las voces elementales. De todos los elementos, el agua es el más fiel espejo de las voces. El mirlo, por ejemplo, canta como una cascada de agua pura.

En las diferentes cosmovisiones del agua, hay relatos de la creación del mundo que muestran —de manera casi universal— la presencia del principio de las "aguas de arriba" y de las "aguas de abajo" (Robert Marie,



2002). Las primeras designan a las aguas dulces de la lluvia fecundante que caen del cielo, infinitamente preciosas; y las segundas designan al mar, al océano que nadie puede dominar.¹ La separación de las aguas, las de "arriba" de las de "abajo," del cielo de la tierra, es realizada por un dios varón.

La tierra y las "aguas de abajo," son matrices de la vida y están representadas por divinidades femeninas: Gaia, Rhéa, Cibela, Afrodita, Ameterasu, Coatlicue, Cuerauaperi, Isis, Deméter y Atenea. Éstas son diosas-madres, diosas de fertilidad y diosas del mundo, de las aguas terrestres y subterráneas, y se encuentran del lado de la tierra y no del cielo, donde lo masculino establece su reino.

[...] El agua evoca a la tierra en su expresión de fertilidad y de fecundidad: las lluvias engendran a las cosechas, el océano engendra a la vida y la evolución de sus formas. El agua es la matriz de lo vivo. Permite a la tierra afirmar el principio de maternidad y de madurez: agua nutricia sin la cual no se podrían cumplir las metamorfosis, agua receptáculo de las ovulaciones, bolsa de agua del útero donde baña el feto, portadora de vida. El agua es feminidad: es en ella, con ella y por ella que la vida se ha desarrollado y seguirá desarrollándose sobre nuestra tierra (Robert Marie, 2002).

Lo femenino del agua es representado como: "[...] la profunda maternidad de las aguas. El agua hincha los gérmenes y hace surgir las fuentes. El agua es una materia que por todas partes vemos nacer y crecer. La fuente es un nacimiento irresistible, un nacimiento continuo" (Bachelard, 1988:27). En este sentido, el valor del agua tiene que ver con la vida misma y con todo lo que le rodea; es, pues, una parte sustantiva de lo humano, en su sentido espiritual y material.

La valoración sociocultural del agua en Mesoamérica

Para los mesoamericanos, el agua era como un regalo y merecimiento de los dioses, con la cual habrían de vivir y fortalecerse (León-Portilla,

¹ "[...] en su violencia el agua adquiere una cólera específica [...] El hombre se jacta con bastante facilidad de domar esta cólera. De este modo el agua violenta se vuelve muy pronto el agua a la que se violenta. Un duelo de malignidad comienza entre el hombre y el mar. El agua se hace rencorosa, cambia de sexo. Al volverse perversa, se hace masculina. He aquí presentada la conquista de una dualidad inscrita en el elemento, nuevo signo del valor original de un elemento de la imaginación material" (Bachelard, 1988:29).



1992). Su naturaleza divina hacía que poseyera cualidades para hacer milagros y ayudaba a limpiar y resplandecer el corazón de la gente (Musset, 1992).

El universo de significaciones propias del agua en Mesoamérica es en verdad rico y complejo. Se abre con la edad cósmica Atl-tonatiuh, el Sol de Agua. Se torna presente en los ciclos calendáricos del año solar y la cuenta de los destinos. Penetra en el mundo de los dioses y, en cuanto paraíso de Tláloc, el dios de la lluvia, es lugar de delicias. Para los hombres, el pueblo, la ciudad y la metrópoli son inconcebibles alejados del agua. Sin ésta no prospera todo lo que es nuestro sustento. Finalmente del nacimiento hasta la muerte, el agua como raíz de purificación, sustento y apoyo, acompaña al hombre (León-Portilla, 1992:10).

Además, la disponibilidad de agua en el territorio contribuyó al surgimiento de comunidades y pueblos, ya que se ubicaron siguiendo el patrón monte-agua, es decir, al pie de los cerros donde afloran los manantiales. La conservación y adecuado manejo del agua y los bosques posibilitaba la vida misma y el desarrollo de las comunidades. Incluso fue la base que permitió el florecimiento de las sociedades hidráulicas en Mesoamérica (Palerm, 1972; Rojas, 1985).

Los asentamientos humanos, pueblos y ciudades, debían ser esto: in atl, in tepetl, "agua, monte". Los que en ellos habitaban se llamaban altepehuaqueh, "los que tienen el agua, el monte". Sin el agua y el monte la vida humana y el florecer de los pueblos era impensable [...] Como obsesión inescapable, el agua y sobre todo su ausencia o escasez en periodos de sequía, es tema recurrente en el pensamiento indígena de Mesoamérica [...] Los dioses han enseñado al hombre como hacer suya el agua. Debe ésta conservarse al igual que se guarda en las entrañas del monte (León-Portilla, 1992:9).

El agua era considerada como un bien común, cuyo acceso era libre y gratuito para los pobladores o miembros de la comunidad. No obstante, existían regulaciones, tecnologías y prácticas colectivas para garantizar un adecuado aprovechamiento (León-Portilla, 1992; Robert, 1994; Ávila, 1996). Y como señala Robert (2002):

En la historia, el agua ha sido la gran hacedora de comunidades. Siempre gente de orígenes diversos aprendieron a compartir las mismas fuentes y a cohabitar al lado de los mismos ríos y,



por el acto de concluir acuerdos, pusieron las bases de una comunidad.

Además, la gratuidad del agua estaba asociada con su naturaleza divina, al ser un regalo de los dioses. Ello posibilitaba su libre acceso; y las acciones comunales (como las faenas y fiestas) eran una ofrenda hecha por la población para la conservación del agua y su merecimiento.

El agua es la sustancia de los lazos comunitarios originales. Es la sangre de las tribus Peuhl del Sahel, que se juntan una vez al año alrededor de pozos salitrosos y danzan sin fin, cantan y platican hasta que sus rebaños estén saciados, sus jóvenes casados y sus viejos acuerdos confirmados (Robert, 2002).

De manera particular, en el Valle de México el agua jugó un papel esencial en la cosmovisión mexicana, ya que tenía un origen divino que hacía que se manifestara en todos los planos de la vida material y espiritual (Rojas, 1985; Musset, 1992; Espinosa, 1996).

El comportamiento de los humanos ante el agua sigue fundamentalmente dos distintos caminos. Por una parte, busca a través de los ritos, imprecaciones y sacrificios, merecer a los dioses tal don. Por otra, con su propio ingenio el hombre de Mesoamérica ha de colaborar con sus dioses: aprende a almacenar el agua, a conducirla y a aprovecharla al máximo (León-Portilla, 1992:11).

Sin el agua, el maíz, tomate, calabaza, frijol y demás sustentos no podrían germinar.² La vida de los seres humanos, las plantas y animales, se

² [...] la importancia de los recursos tierra y agua son cruciales para los pueblos ribereños como lo muestra la abundante información. Tlapacoya se queja del despojo de sus recursos por la desecación del lago. En Tlapizahua se afirma que el pueblo tuvo como principal elemento de vida: la caza y la pesca que obtenían de lo que fue el lago de Chalco. En Ayotla, sus habitantes dicen que habiendo sido fundado su pueblo a orillas del lago de Chalco, sus pobladores vivieron siempre, desde tiempo inmemorial, dedicados al cultivo de pequeñas parcelas de terreno que poseían en la rivera; a la caza y a la pesca, que eran muy abundantes en la región; y a la cría de ganado que alimentaban con plantas acuáticas que sacaban del mismo lago. Los habitantes de Tezompa cultivaban en las chinampas toda clase de legumbres, generalmente habas, chícharos, chile y maíz con rendimientos de 150 y 200 por uno. El representante de algunos pueblos ribereños como Chalco, San Juan Ixtayopan, Huitzilzingo y Mixquic afirma que los diversos pueblos que bordeaban la ribera sur del lago de Chalco vivían antes, en su mayor parte, de la pesca y de la hortaliza que producían en sus chinampas y que fueron cultivando en terrenos alimentados por las aguas del lago. En los otros pueblos, la situación es semejante y por ello no es extraño encontrar referencias de que más de las tres cuartas partes del consumo de la población indígena avecindada en las riberas de los lagos provenía de los recursos lacustres (Tortolero, 2002).



acabaría. Además, como señala Espinosa (1996), el agua es multiforme y omnisciente, ya que todas sus formas, olores, sonidos y seres que la habitan son manifestaciones de la naturaleza y su origen divino:

[...] cada remolino, cada desembocadura de río, cada manantial, cada ojo de agua termal, cada bahía, cada remanso, cada corriente de agua, cada color en las lagunas, cada reflejo en la superficie del agua, cada espejismo, cada neblina al amanecer, cada rasgo en fin distinguible en el agua es una manifestación de la deidad; un temblor bajo el Pantitlan, una floración de plankton, una retracción de la costa. Los rasgos permanentes sin duda eran adorados como si fuesen seres animados. Qué decir de los que sí lo son: los peces, los insectos acuáticos, los crustáceos, camaroncillos y acociles; las lapas, almejas, caracoles, sanguijuelas, algas, lotos, carrizos, sagitarias, lentejillas, anhingas, cormoranes o cigüeñas, pececillos, anuros, etcétera, etcétera. Era un ser con un millón de formas, era una respiración de mil alientos, una presencia absoluta, que lo rodeaba todo, que penetraba por la ciudad, que irrigaba las chinampas y cantaba por las noches como rana; era un ser que anunciaba el tiempo, ahora graznando, ahora trinando, que oscilaba dejando alfombras de cristal, que exigía corazones jóvenes, y ofrecía a cambio culebras de todas suertes; era una presencia fresca y florida, o pestilente y ubicua: benéfica matriz de peces o incontrolable inundación salobre; dulce selva de tules, espejo de nubes y lunas, contraparte del cielo, ilusión de óptica, diosa líquida y azul, guerrera imbatible, húmeda. ¿Su lugar en la cosmovisión? Multiforme, omnisciente (Espinosa, 1996:399).

El agua posee un valor cultural y mitopoético que se manifiesta a través de los sueños, símbolos y sonidos. Su importancia va más allá de ser un elemento vital, ya que sus significados y representaciones muestran una concepción mítica sobre el origen del mundo y la naturaleza humana. Y si bien tal percepción se ha ido recreando y transformando con el pasar del tiempo, es innegable la dimensión sociocultural del agua.

En este sentido, el agua es más que H₂O o agua entubada, como señalan Robert (1994) e Ilich (1993). La matriz original (agua-suelo-bosque) tiene un horizonte temporal, que es traspasado con la concepción ingenieril y lógica del consumo dominante:

Los horizontes hídricos (parteaguas) y el poder mitopoético de las aguas arquetípicas se articulan como contenedor y



contenido: el agua sólo es fuente de "mitopoesis" cuando está contenida en una matriz material concreta, limitada, dotada de horizonte (Robert, 2002).

La cultura del agua en una región indígena de México

Para ejemplificar el valor sociocultural del agua en la época contemporánea tenemos el caso de la Meseta Purépecha, una región indígena del occidente de México donde el recurso es muy limitado.³ El carácter sagrado y divino del agua se refleja en los mitos, rituales y fiestas existentes (Jacinto, 1988; Aguirre, 1952; Corona, 1986). Además, las prácticas de uso y manejo del agua son un reflejo de esta cosmovisión: el agua es un bien patrimonial muy valorado que se cuida y conserva para garantizar el abastecimiento presente y futuro. Su aprovechamiento se basa en principios ecológicos que permiten un uso y manejo eficiente, múltiple y diversificado; e implica la realización de prácticas culturales de conservación (Ávila, 1996).

La mitología purépecha nos permite entender la manera en que la población se ha relacionado con la naturaleza a lo largo de los siglos, ya que refleja una determinada concepción del mundo y el universo. El universo, para los purépecha o tarascos, está formado por el cielo, la tierra y sus profundidades (mundo de los muertos). Cada uno de ellos tiene sus dioses: en el primero están los dioses celestiales; en el segundo, los dioses providentes; y en el tercero, los dioses de los muertos (Corona, 1986). Los dioses celestiales son los creadores del mundo y forman una pareja divina, Curicaueri y Cuerauaperi. Cuyos nombres significan "el que desata" y "la que desata en el vientre," donde el término desatar tiene dos connotaciones, por un lado, nacer y, por otro, morir.⁴

En la mitología existe una leyenda sobre el origen del mundo que muestra el carácter divino de la naturaleza. El dios del fuego eterno, Curicaueri, creó al sol, Tatá Juriata, y a la luna, Naná Kutsí. De la unión de ambos nació la naturaleza Cuerauaperi que representa la armonía

³ El contenido de este apartado está sustentado en una investigación realizada por la autora de este ensayo. Véase Ávila (1996).

⁴ La criatura se desata del vientre creador, pero nace atada por los preceptos divinos y humanos. Su vida no le pertenece... Pero cuando muere se desata en el vientre de la Madre Tierra y comienza una verdadera vida, libre de toda clase de ataduras, es el nacer de la vida eterna (Corona, 1986:21-22).



y es la madre de todo lo que hay en la tierra: las montañas, el agua, las plantas, los animales y los seres humanos.

El agua está relacionada con las cinco deidades de la lluvia, las tiripemencha, que son hermanas del dios del fuego celestial, Curicaueri, cuyo nombre significa en purépecha "agua divina o preciosa". Las tiripemencha habitan las cinco casas del cielo y son representadas como nubes que se ubican en posiciones diferentes y se asocian a determinados colores: al centro está Ocupi-Tirípeme o Chupí Tirípeme, la deidad azul, que tiene como asiento el lago de Pátzcuaro, en la isla de La Pacanda; al oriente (en Curíanguaro) está Tirípeme-quarencha, la deidad roja; al poniente (en Irámucu) Tirípeme-turupten, la deidad blanca; al norte (en Pichátaro), Tirípeme-xungápeti, la deidad amarilla; y al sur (en Pareo) Tirípeme-caheri, la deidad negra (Corona, 1986).

Al igual que Ocupi-Tirípeme, la diosa Cuerauaperi tiene cuatro hijas, las nubes, que están a su alrededor acompañándola. Ello nos lleva a pensar que ambas tienen un significado o sentido parecido, por lo que el carácter sagrado del agua se compara con la naturaleza.

Y el día de la fiesta bailaban los dichos bailadores con sus rodela de plata a las espaldas y lunetas de oro al cuello. Y venían dos principales a aquel baile y éstos representaban las nubes blanca y amarilla, colorada y negra, disfrazándose para representar cada nube de éstas. Habiendo de representar la nube negra, vestíanse de negro y así de las otras. Y bailaban éstos allí con los otros y otros cuatro sacerdotes que representaban otros dioses que estaban con la dicha Cuerauaperi (Alcalá, 1977:49).

Por otra parte, los sacrificios humanos se realizaban en centros ceremoniales, ubicados en manantiales y nacimientos de agua, como era en Araró, cerca de Zinapécuaro. Éstos cobraban sentido en la medida en que la "muerte" permitía el renacimiento del agua. Debe notarse que según, la mitología, en este lugar habitaba la diosa creadora de todos los mantenimientos, Cuerauaperi.

Al principio del tiempo, no había luz... Curicaueri, el único dios entonces... creó cuatro orbes concéntricos de luz, cada uno ardiendo en uno de los puntos cardinales del universo, y la luz fue... creó a Huriata, el dios sol, llamándole padre y supervisor



del universo... Creó la diosa luna, Cutzi, y se la dio a Huriata como esposa. Y sacrificaban dichos esclavos y, en sacando los corazones, hacían sus ceremonias con ellos, y así calientes como estaban los llevaban a las fuentes calientes del pueblo de Araró desde el pueblo de Cinapequaro, y echábanlos en una fuente caliente pequeña y atábanlos con tablas y echaban sangre en todas las otras fuentes que están en dicho pueblo, que eran dedicadas a otros dioses que estaban allí. Y aquellas fuentes echaban vaho de sí y decían que de allí salían las nubes para llover y que las tenían a cargo esta dicha diosa Cuerauaperi y que ellas las enviaban de oriente donde estaba. Y por este respeto echaban aquella sangre en las dichas fuentes (Alcalá, 1977:50).

Desde esta cosmovisión el agua tiene un origen divino, ya que mantiene una relación muy estrecha con el dios celestial creador, con las deidades de la lluvia y con la diosa de la tierra. En cambio, el origen de los seres humanos no es divino y por tanto se ubica en un nivel diferente al de los dioses. Los vínculos que establece con ellos se basan en una relación de respeto y armonía; y en el caso del agua, los seres humanos buscan "procurarla" para que nunca les falte y de esta manera subsistan (de allí la razón de los sacrificios en las fuentes de agua). Y si ello no sucede, los frutos que brinda la naturaleza (como el agua) tienden a desaparecer.

Por otra parte, las particulares condiciones biofísicas de la Meseta y la importante proporción de población indígena en ella son aspectos que han influido en el desarrollo de una serie de estrategias de uso y manejo ecológico del agua para enfrentar la baja disponibilidad. Éstas se basan en un aprovechamiento eficiente, múltiple y diversificado del agua, y en un control social y comunitario que permite regular el acceso a la población y conservar el recurso (Ávila, 1996).

Las estrategias varían de comunidad a comunidad y, sobre todo, están más arraigadas en aquellas que presentan mayor escasez. Además, gracias a ellas ha sido posible sostener una población humana y ganadera importante, y una gran variedad de flores y plantas en los solares de las casas. De manera sintética se puede afirmar que las estrategias socioculturales del agua se basan en las siguientes cuatro premisas (para mayor detalle véase Ávila, 1996):



El control social y comunitario del agua, que ha garantizado el acceso a toda la población y la conservación del recurso. Las decisiones sobre su acceso, uso, manejo y distribución se han establecido a través de reuniones y asambleas comunales. El acceso a las fuentes de abastecimiento es libre para la población, aunque en los meses de mayor escasez se han establecido restricciones con el objeto de que el agua alcance para todos. Colectivamente se define el volumen que tocará por familia, y por muy pequeño que sea, se tiene garantizada una dotación mínima para satisfacer sus necesidades básicas. La organización interna no permite que unos aprovechen más agua que otros. Hay personas designadas que se encargan de vigilar que la distribución se realice en forma equitativa. Asimismo, hay acuerdos comunales que permiten compartir las fuentes de abastecimiento con otras comunidades con objeto de enfrentar conjuntamente la escasez de agua. De allí que los lazos de solidaridad sean una característica cultural que aún se mantiene en algunas comunidades de la Meseta.

El uso y manejo eficiente, que ha permitido aprovecharla de manera más racional. Los patrones de consumo de agua de la población de la Meseta están asociados con una cultura de uso óptimo que trata de aprovechar "hasta la última gota". Los volúmenes de agua destinados para la realización de las diferentes actividades doméstico-productivas son muy pequeños, ya que se basan en una lógica de uso eficiente y racional. Además, la mayor parte de las viviendas carecen de tomas domiciliarias, drenaje y dispositivos sanitarios que conllevan a elevados consumos de agua (llaves mezcladoras, baño inglés, regaderas). Al interior de las comunidades de la Meseta existen mecanismos que impiden que la población desperdicie el agua. Por tal razón, cuando alguien es sorprendido haciendo un mal uso, inmediatamente se le comunica a las autoridades comunales para que le llamen la atención y, en caso de reincidir, se le multe o lleve a la cárcel.

El uso y manejo diversificado, que ha potenciado el aprovechamiento de todas las fuentes de abastecimiento disponibles, incluyendo el agua de lluvia. Tal estrategia está muy ligada con el ciclo hidrológico. En la época de estiaje (noviembre a mayo), el caudal de las fuentes de abastecimiento tiende a descender, y, sobre todo entre marzo y mayo, la población introduce diversos mecanismos para enfrentar la escasez. Durante los siguientes cuatro meses (junio a octubre), se complementa el



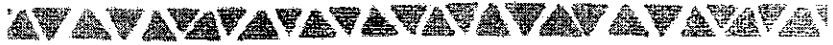
abastecimiento con el agua de lluvia, y con el caudal de los manantiales y norias (que tiende a aumentar de uno a dos meses después de que inició la época de lluvias).

El uso y manejo múltiple, que ha permitido desarrollar diferentes actividades productivas y domésticas, y optimizar el aprovechamiento del agua a través de su reutilización. En primer término, las actividades domésticas, como son el lavado de trastes y ropa, el enjuague de nixtamal y el aseo personal, son realizadas en los patios o solares de las casas, debido a que la mayoría no cuenta con dispositivos sanitarios ni drenaje. Una parte de las descargas generadas se infiltra directamente en el subsuelo y se incorpora nuevamente al ciclo hidrológico (hecho que puede contribuir a la contaminación de algunas fuentes locales de abastecimiento, como norias y manantiales). Otra parte de las descargas se almacena en cubetas y tinas para posteriormente utilizarlas, según su calidad, para distintos fines: el agua del nixtamal y no jabonosa (sin detergentes y cloro) es para el riego de las plantas y para consumo de los animales, y el agua jabonosa es para regar el patio o la calle. En segundo término, las fuentes locales de abastecimiento tienen un aprovechamiento múltiple, puesto que unas se destinan para beber y cocinar, otras para lavar ropa y bañarse, algunas para abrevar ganado o abastecer a la industria, y otras tienen un uso combinado.

Sin embargo, la limitada disponibilidad de agua no explica su alto valor estimativo ni la lógica en la que se basan las estrategias de uso y manejo del recurso. Para ello es fundamental penetrar en la dimensión sociocultural y entender que el agua tiene, para los purépechas, un carácter sagrado y divino que se manifiesta a través de los mitos, fiestas y prácticas socioculturales existentes. De allí que la cultura del agua en la región se fundamente en principios ecológicos y tenga un sentido comunitario que garantiza un acceso libre y gratuito para la población.

Valor sociocultural versus valor económico

El conflicto por el agua surge cuando hay un choque entre dos o más cosmovisiones o percepciones sociales sobre su valor. Se han dado ejemplos desde la época colonial: mientras que para los indígenas los lagos eran una fuente múltiple de riquezas materiales y espirituales, para los españoles eran focos de infección por ser aguas estancadas y



malolientes. Ello dio origen a la estrategia de desecación de los lagos, como ocurrió en el Valle de México, a través del desalojo de sus aguas a otra cuenca por medio del tajo de Nochistongo (Musset, 1992; Espinosa, 1996).

En la actualidad, el contraste de valoraciones se refleja en la ruptura de instituciones y arreglos sociales (no formales) en el manejo del agua a nivel comunitario: el Estado desconoce las formas locales de organización en la gestión social del recurso (Palerm, 2003; Ávila, 2001) e introduce modalidades diferentes, que van desde su gestión pública hasta la privada (Vargas, 2002). Además, en la sociedad actual se ha difundido una percepción del riesgo por la "supuesta" baja calidad del agua que es prestada por los organismos públicos. Ello favorece, sin duda, a las empresas transnacionales (sobre todo) que se encargan de vender el agua "tratada" en pequeños volúmenes, como son los garrafones de veinte litros y las "modernas y prácticas" botellas de plástico (Robert, 2002), y refuerza la estrategia privatizadora, en la que se reducen las funciones sociales del Estado, como la prestación del servicio de agua.

Sin embargo, en el fondo está el conflicto sobre la gratuidad y libre acceso del agua, ya que el Estado impulsa una nueva valoración del agua, al considerarla como bien económico, que debe tener un valor y precio en el mercado.⁵ Con ello se niegan las culturas del agua que históricamente han existido, y se impulsa un discurso acerca de la necesidad de forjar una nueva cultura del agua. Este término se asocia (en la nueva ley de aguas de abril del 2004) con el ahorro del agua y el pago por su consumo y saneamiento.

Así se plantea que los diferentes consumidores deben pagar por el uso y saneamiento del agua a su costo real,⁶ ya que sólo de esta manera será posible la conservación y protección del recurso ante su inminente escasez y deterioro. Tal argumentación se basa, entre otras cosas, en los efectos negativos que ha tenido el acceso libre al agua: la contaminación

⁵ Un ejemplo claro de ello, es el ascenso del mercado de agua embotellada, que es controlado por empresas transnacionales como Evian, Coca Cola y Pepsi. Sobre esta discusión, véase Robert (2002a).

⁶ El costo real del agua incluiría desde la introducción de infraestructura y prestación del servicio hasta la conservación de las fuentes de abastecimiento y tratamiento de las descargas.



de ríos, lagos y mares. Para nada se revaloran las regulaciones sociales existentes en torno al uso y manejo comunitario del agua que, en muchos casos, ha garantizado la sustentabilidad ambiental del recurso (Ávila, 1996 y 2001).

En otras palabras, detrás de los argumentos de conservación del agua, está la intención de que la administración y gestión de los recursos hídricos deje de estar centralizada por el Estado (como resultado de los procesos de adelgazamiento y modernización del mismo) y se posibilite la entrada al sector privado (como empresas transnacionales) para que haya, supuestamente, una mayor eficiencia económica bajo una lógica de mercado.

Dicha valoración económica contrasta con las formas culturales e históricas de percibir el agua como un bien común, libre y gratuito. Con ello se afecta sobre todo a los más pobres, al restringir su acceso al agua en función de la capacidad económica (Robert, 1994) y vulnerar así una cultura que, en el caso particular de las zonas indígenas, se ha construido por siglos.

Conclusiones

La revaloración del agua en su dimensión social y cultural no está basada únicamente en un interés antropológico o sociológico, por entender el origen y desarrollo de culturas del agua en regiones indígenas de México. El interés radica en que tienen como fundamento una cosmovisión y percepción del agua que integra las actividades humanas con los ciclos de la naturaleza, por lo que no existe una relación de dominio sino de respeto, es decir, el agua tiene un valor sagrado que se expresa a través de rituales y mitos. Las estrategias socioculturales en torno al uso y manejo del agua se han construido, históricamente, bajo una lógica comunitaria y con principios ecológicos. Lo colectivo del agua tiene, así, una razón o sentido social: el agua es un regalo de la naturaleza que garantiza el libre acceso a la población, pero bajo regulaciones y prácticas comunitarias que impiden su apropiación individual y, en consecuencia, su venta y especulación. Sin duda es un mecanismo social que contribuye a reducir las tensiones y conflictos en periodos críticos donde el agua reduce su disponibilidad.



Repensar las culturas del agua es una forma también de hacer frente a los procesos de deterioro social y ambiental en las sociedades contemporáneas. Ignorar su existencia o contribuir a su desaparición, es una forma de socavar las bases que contribuyen a la sustentabilidad en el uso y manejo del agua, sobre todo en las regiones indígenas de México.

Es necesario analizar, entonces, las implicaciones de los discursos actuales sobre una nueva cultura del agua, que tienen como principio su conversión en una mercancía, al asignarle un valor y precio en el mercado. Romper los mitos del neoliberalismo del agua como solución a los problemas contemporáneos es, pues, un reto para las futuras investigaciones.

Bibliografía

- Aguirre, Gonzalo (1952), *Problemas de la población indígena de la cuenca del Tepalcatepec*, Instituto Nacional Indigenista, tomo III, México.
- Ávila, Patricia (2001), *Urbanización popular y conflictos por el agua en Morelia*, tesis de doctorado, CIESAS, México.
- _____ (1996), *Escasez de agua en una región indígena de Michoacán*, Colegio de Michoacán, México.
- Bachelard, Gaston (1988), *El agua y los sueños*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Corona, José (1986), *Mitología tarasca*, Ed. SEP-Mich., "Colección Cultural", núm. 4, México.
- Costin, Tamara y Gertjan Beekman (2002), "El simbolismo y la energía cósmica del agua", en: Patricia Ávila (coord.), *Agua, cultura y sociedad en México*, El Colegio de Michoacán/Instituto Mexicano de Tecnología del Agua, México.
- De Alcalá, Jerónimo (1977), *Relación de las ceremonias y ritos y población y gobierno de los indios de la provincia de Michoacán (1541)*, Ed. Balsal, México.
- Espinosa, Gabriel (1996), *El embrujo del lago: el sistema lacustre de la cuenca de México en la cosmovisión mexicana*, UNAM-IIIH-IIA, México.
- Ilich, Ivan (1993), *El H₂O y las aguas del olvido*, Joaquín Mortiz, México.
- Jacinto, Agustín (1988), *Mitología y modernización*, El Colegio de Michoacán, Gobierno de Michoacán, México.
- León-Portilla, Miguel (1992), "El agua: universo de significaciones y realidades en Mesoamérica", en *Ciencias*, núm. 28.



- Musset, Alain (1992), *El agua en el Valle de México: siglos XVI-XVIII*, Pórtico de la Ciudad-CEMCA, México.
- Palerm, Ángel (1972), *Agricultura y sociedad en Mesoamérica, "Sepsetentas"*, SEP, México.
- Palerm, Jacinta (2003), "Regadío y origen del Estado: la investigación de casos mexicanos de administración autogestiva de sistemas hidráulicos", en Patricia Ávila (coord.), *Agua, medio ambiente y desarrollo en el siglo XXI*, El Colegio de Michoacán, Secretaría de Urbanismo y Medio Ambiente, Instituto Mexicano de Tecnología del Agua, México.
- Robert Jean (2002), "Las aguas arquetípicas y la globalización del desvalor", en Patricia Ávila (coord.), *Agua, cultura y sociedad en México*, El Colegio de Michoacán, Secretaría de Urbanismo y Medio Ambiente, Instituto Mexicano de Tecnología del Agua, México.
- _____ (1994), *Water is a Commons*, Habitat International Coalition, México.
- Robert, Marie (2002), "El agua y el arte", en Patricia Ávila (coord.), *Agua, cultura y sociedad en México*, El Colegio de Michoacán, Secretaría de Urbanismo y Medio Ambiente, Instituto Mexicano de Tecnología del Agua, México.
- Rojas, Teresa (1985), *La cosecha de agua en la cuenca de México*, "Cuadernos de la Casa Chata", núm. 116, CIESAS, México.
- Tortolero, Alejandro (2002), "El agua en la cuenca de México. Usos e importancia del agua en la región de Chalco durante el siglo XIX", en Patricia Ávila (coord.), *Agua, cultura y sociedad en México*, El Colegio de Michoacán, Secretaría de Urbanismo y Medio Ambiente, Instituto Mexicano de Tecnología del Agua, México.
- Vargas, Sergio (2002), "Agua y organización social: de la centralización estatal a la gestión integral por cuenca", en Patricia Ávila (coord.), *Agua, cultura y sociedad en México*, El Colegio de Michoacán, Secretaría de Urbanismo y Medio Ambiente, Instituto Mexicano de Tecnología del Agua, México.